

DESPUÉS DE LA GUERRA: RÓMULO Y REMO

Durante la guerra de Troya, el ejército de Agamenón obliga a los troyanos, comandados por Héctor, a refugiarse en la ciudad, y la sitia durante varios años. Finalmente, Ulises logra conquistarla mediante la célebre estratagema del caballo de madera.

Eneas es un héroe troyano, hijo de Anquises y de Afrodita. Esta diosa había profetizado, antes del nacimiento del niño, que un día este reinaría sobre los troyanos y sería el predecesor de una dinastía eterna. Cuando la ciudad de Troya es destruida por los griegos, Eneas escapa junto a su padre y a su hijo.

De la muerte de Troya al nacimiento de una nueva ciudad...

Mientras los griegos, gracias a Ulises, lograban introducirse en Troya para destruirla, uno de los príncipes, Eneas, comprendió que nada podía hacer para salvar su ciudad.

Hijo de Afrodita, Eneas era, después de Héctor, el más valiente de los troyanos. Pero Troya estaba siendo presa de las llamas.

Creúsa, la mujer de Eneas, acababa de ser asesinada. Y si quería salvar a su hijo y a su anciano padre, Eneas debía huir.

Entró velozmente en la habitación del joven Ascanio, al que encontró escondido en un rincón; lo tomó de la mano y lo condujo a la habitación de al lado. Allí se hallaba un anciano resignado.

–Padre... ¡Rápido, síganos!

–Imposible, hijo mío –murmuró Anquises–. Yo ya no puedo caminar.

Entonces Eneas cargó a su padre sobre su espalda. Resistiendo la masacre y las llamas, llegó al Paladión: quería salvar de los saqueos a los preciosos Penates, dioses protectores de la ciudad. Colocó las estatuillas sagradas en su bolso y alzando la cabeza, imploró:

–Oh, madre, ¿me brindarás tu protección?

Desde lo alto del Olimpo, la diosa Afrodita oyó su ruego: desvió la mirada de los griegos y permitió que su hijo abandonase Troya. Eneas partió, llevando a Ascanio y cargando sobre su espalda a su anciano padre. Acompañado por algunos troyanos que habían sobrevivido, el trío alcanzó a embarcar y llegó a Tracia. Las aventuras de Eneas no se detuvieron allí: fue a Creta, a Sicilia, e incluso a África, donde fue recibido por la reina de Cartago, la bella Dido, que lo retuvo por largo tiempo y se enamoró de él...¹²

Luego, Eneas llegó a Italia, donde vivió mucho tiempo.

Después de su muerte, Ascanio fundó una ciudad: Alba Longa. Doce generaciones más tarde, su descendiente legítimo, Numitor, comenzó a reinar. Pero su hermano Amulio no veía esto con buenos ojos...

¹² Es el tema de la *Eneida*. Su autor, Virgilio, quiso continuar la *Iliada* y la *Odisea* de Homero (N. del A.)

La intervención del dios Marte

Esa mañana, al llegar al palacio, Numitor tuvo la sorpresa de ver a Amulio sentado en su lugar en el trono. Antes de que pudiera reaccionar, unos guardias apresaron al rey.

—¡Y, sí! —se rio con sorna Amulio—. ¿Con qué derecho el poder recae siempre sobre el mayor? He decidido reparar esa injusticia. ¡Y, además, me parecías demasiado blando para ser rey!

A Numitor no le gustaban ni las peleas ni la guerra. Quería evitar una masacre y murmuró:

—Hermano, permanece en ese trono, si tanto lo deseas. Puedes, incluso, matarme. Pero imploro tu piedad: ¡salva a mis hijos!

—¿Crees que tomaré ese riesgo? Es demasiado tarde: ya di órdenes.

En ese instante, aparecieron unos guardias que llevaban los cadáveres de dos niños. Rea Silvia, hija de Numitor, que los seguía sollozando, fue a arrojarse a los brazos del rey prisionero.

—Oh, padre —gimió—, mis súplicas no lo han impedido: ¡esas bestias han degollado a mis hermanos ante mis ojos!

Numitor abrazó a su hija. Apuntando con el dedo a su hermano, tronó, intentando dominar su dolor:

—Eres un oscuro asesino, Amulio. Estamos bajo tu poder. ¡Pero teme la cólera de los dioses! Si no salvas a mi hija, conjuraré a Marte, protector de nuestra ciudad, para que te castigue como mereces.

Ante esta amenaza a modo de profecía, Amulio se estremeció.

—Te concedo la vida, Numitor —decidió con pesar—. Hasta te cedo algunas fanegas de tierra y rebaños. ¡Pero te prohíbo la entrada a Alba Longa! Vivirás lejos de aquí, como un campesino.

Vacilante, el usurpador se dio vuelta hacia Rea Silvia. Temía que la hija de Numitor tuviera hijos un día; al crecer, estos se

volverían sus rivales y le reclamarían el trono. Pero si la mataba, haría caer sobre él la cólera de Marte. ¿Qué hacer?

De repente, se le ocurrió una artimaña que le permitiría resolver ese dilema. Decretó:

–Bien. ¡Te salvo también a ti, Rea! Mejor aún: ¡te nombro sacerdotisa y guardiana del fuego sagrado! ¡Que se cumpla lo que he dicho!

De inmediato, los guardias condujeron a Rea Silvia al templo consagrado a Vesta, diosa protectora de los hogares. La hija del rey caído se unió a las otras muchachas de las mejores familias de la ciudad, cuya tarea consistía en mantener el fuego sagrado. Las vestales –así las llamaban– no tenían derecho a casarse ni a tener hijos. Se las reclutaba desde muy jóvenes y debían officiar durante treinta años. Si alguna de ellas frecuentaba a un hombre o dejaba que el fuego se apagara, ¡era enterrada viva! Amulio estaba seguro de no tener que preocuparse nunca...

Un tiempo más tarde, mientras Rea iba a buscar agua a la fuente sagrada, se encontró con un joven cuya belleza la perturbó. Se desvió enseguida, pero el desconocido la tomó de la mano.

–No temas –le dijo–. Soy el dios Marte. Me gustas, Rea Silvia. Y he decidido que te convertirás en la madre de mis hijos.

Incrédula y enloquecida, la muchacha se desprendió de él y se echó a correr.

Pero a la noche siguiente, el mismo hombre se le presentó en sueños; sonreía y aparecía en un nimbo de claridad divina. Rea estaba en éxtasis. ¿Cómo resistir al dios Marte, sobre todo cuando este nos visita en sueños?

Algunas semanas más tarde, Rea Silvia comprendió que estaba embarazada. Cuando le fue imposible ocultar la verdad, fue a buscar a la gran sacerdotisa. Se arrojó a sus pies explicándole la visita del dios durante la noche.

—Sé que me espera la muerte. ¡Pero, por piedad, deje nacer y vivir a mi hijo!

Tan emocionada como intrigada, la gran sacerdotisa esperó que Rea Silvia diera nacimiento no a un bebé, sino a gemelos. Después, se dirigió al palacio para informar de ello al rey Amulio. La cólera del rey fue terrible.

—¡Que encierren a esa blasfema en un sótano! ¡Y que esos malditos retoños sean ahogados en el Tíber!

El río estaba crecido. La gran sacerdotisa dudaba: ¿y si era cierto lo que la joven vestal había dicho? ¿Si esos niños eran de verdad los hijos del dios Marte? Por eso, en lugar de arrojarlos al agua, resolvió ponerlos en una canasta que entregó al río embravecido. Si esos gemelos eran hijos del dios, este encontraría con seguridad la manera de protegerlos.

Mientras su madre agonizaba en la prisión, los dos bebés, arrastrados por la corriente, gritaban de terror y de frío. Bogan así a la deriva toda la noche y el día siguiente. Pero a la tarde, la canasta encalló en la orilla, entre las raíces de una higuera, al pie de una colina boscosa: el monte Palatino. Era la hora en que los animales salvajes bajaban al río a refrescarse. Uno de ellos, una loba que acababa de parir, se sintió intrigada por los gritos de los bebés. Los tomó delicadamente en su boca y los llevó uno tras otro a la gruta que le servía de guarida. Mezclados con los pequeños lobos, los gemelos hambrientos se arrojaron sobre las mamas hinchadas de su madre adoptiva...

Rómulo y Remo recuperan el trono

Algunos meses más tarde, los bebés se habían vuelto robustos. Pasaban el tiempo arrastrándose, jugando y divirtiéndose con sus hermanos de leche. Pero un día, al pasar por allí, un pastor llamado Fáustulo quedó intrigado por los balbuceos y los gritos de alegría que salían de la gruta. Entró y quedó estupefacto ante la sorpresa:

—¡Niños! ¡Con los lobizones! No puedo dejarlos en esta madriguera.

Sin esperar el regreso de la loba, tomó a los gemelos y los llevó a su casa. Su esposa, Larentia, se conmovió de la alegría.

—¡Son magníficos! ¿Y dices que fueron acogidos y criados por una loba?

—Sí. Es un milagro que aún estén con vida.

—¡Están protegidos por los dioses! Oh, Fáustulo, adoptémoslos.

—¡Cómo se parecen! —observó el pastor.

—Los llamaremos... Rómulo y Remo.

Los gemelos crecieron en fuerza y en complicidad. Una vez adolescentes, cuidaron los rebaños de Fáustulo. Su vigor era tan grande que les pidieron que liberaran a la región de los malhechores que la infestaban. Lo lograron con tanto éxito, que sus proezas atrajeron a su alrededor a un grupo de muchachos intrépidos. Su fama creció.

Pero un día, tras una pelea con los pastores de Numitor, Remo fue capturado y conducido ante el rey en exilio. El parecido del muchacho con su hija Rea Silvia lo intrigó y aumentó su dolor. Numitor se había enterado de que, antes de morir, su hija había dado a luz a dos niños. Turbado, preguntó:

—¿Entonces, te llamas Remo? ¡Y tienes un hermano gemelo! ¿Dónde está?

—¡Aquí! —clamó Rómulo al entrar, con una espada en la mano.

Tras él, apareció Fáustulo. Conocía la tolerancia de Numitor y no dudaba de que llegaría a disipar ese malentendido. Declaró:

—Perdona el ímpetu de mis hijos, Numitor.

—¿Tus hijos? ¿Acaso eres el padre de estos muchachos?

Frente al escepticismo de Numitor, Fáustulo juzgó que era preferible decir la verdad. Y delante de los gemelos anonadados, confesó:

—¡No! Hace veinte años, se los arranqué a una loba que los había alimentado y cuidado. Esos bebés habían sido abandonados...

De inmediato, Numitor comprendió. Abrió los brazos:

—¡Son los hijos de mi hija Rea Silvia! ¡Rómulo, Remo..., mis nietos! ¡Ah, soy tan feliz!

Durante la tarde y la noche siguientes, los gemelos pidieron que les contaran la extraña historia de su rescate.

—Bravo Fáustulo —suspiró Numitor—. ¡Sin ti, habrían perecido!

—Sin ti... —dijo Remo—, ¡y sin la loba que nos salvó la vida!

—Si comprendo bien —agregó Rómulo—, nuestro tío Amulio usurpó el poder. ¿Tú debías reinar en Alba?

—Oh, soy demasiado viejo ahora. ¡Es una historia olvidada!

—Tal vez —replicó Remo—. Pero nosotros somos los herederos. Si un día queremos reinar, tú debes volver a subir a ese trono del que has sido apartado injustamente. ¿Qué dices, Rómulo?

La pregunta era inútil: los gemelos estaban tan cerca uno del otro, tanto en los actos como en los pensamientos, que salieron con un mismo impulso fuera de la casa de su abuelo. Al llegar a las colinas de su infancia, reunieron a sus fieles amigos para revelarles su identidad.

—¿Dejaremos a ese traidor de Amulio en el trono?

—¡No! —gritaron los demás—. ¡Derroquémoslo!

El ejército que los gemelos constituyeron era pequeño y muy poco organizado. Pero los dos jefes estaban resueltos.

Por su parte, Amulio se había enterado de la noticia. Asaltado por el pánico, estaba refugiado en su palacio y rumiaba lamentos:

—Los hijos de Rea Silvia... ¡Debí matarlos con mis propias manos!

—¡Que Marte nos asista! —dijo Rómulo, alzando la cabeza.

—¡Sí..., que el dios de la guerra nos dé la victoria! —agregó Remo, lanzándose con sus hombres contra el ejército de Amulio.

El padre divino de los gemelos no los había abandonado: ¡las tropas de Amulio fueron aniquiladas! Los gemelos entraron en el palacio y terminaron por encontrar al aterrorizado rey.

—¡No me maten! —gimió—. ¡Le devuelvo el trono a mi hermano!

Por toda respuesta, Rómulo golpeó primero a su tío, y Remo lo liquidó de una estocada.

La fundación de Roma

Así fue como veinte años más tarde, Numitor volvió a ser el soberano de Alba Longa. Durante su reinado, la ciudad creció y prosperó. Pronto sus muros fueron demasiado estrechos para contener a todos los habitantes. Numitor dijo, entonces, a sus nietos:

—¡Funden ustedes una ciudad!

Numerosos fueron los que dejaron la superpoblada ciudad de Alba y siguieron a los gloriosos gemelos. Estos se dirigieron al borde del Tíber, al pie del monte Palatino, donde, antaño, una loba los había alimentado. Rómulo decretó:

—La fundaremos aquí. ¡Y llevará mi nombre!

—¿Por qué el tuyo? —dijo Remo, riendo.

Por primera vez, se enfrentaron con la mirada.

—De acuerdo —admitió Remo—. Yo fundaré mi ciudad allá.

Señaló el monte Aventino, muy cerca de allí.

—¡Imposible! —dijo Rómulo—. Esas dos ciudades estarían muy cerca una de otra. Hace falta una sola y gran ciudad.

—Estoy de acuerdo contigo. Pero ¿cuál de los dos reinará?

El recuerdo de la pelea entre Amulio y Numitor les despertó experiencias desagradables: el poder no se compartía. ¿Y quién habría podido decir cuál era el mayor de los gemelos?

—Consultemos los augurios —dijo Rómulo, señalando el cielo—. Los dioses nos enviarán una señal. Una señal tan evidente que aquellos que nos han seguido sabrán traducirla tan bien como nosotros.

Mientras Rómulo esperaba en el monte Palatino, Remo llegó al monte Aventino. En la llanura, el pueblo se impacientaba.

De repente, Remo señaló seis buitres que atravesaban el cielo encima de su cabeza. Gritó a la gente reunida:

—¡Miren! ¡Los dioses me eligen!

—No —respondió Rómulo—. Miren esos otros buitres planeando sobre mi colina: ¡son doce! ¡Gloria a Marte que me ha elegido!

—Hermano, estás haciendo trampa: los augurios se me han manifestado a mí primero.

—¿Qué? ¿Te atreves a pretender que tus seis buitres valen más que los doce míos?

Más abajo, la población de la futura ciudad ya comenzaba a tomar partido: unos apoyaban a Remo; otros, a Rómulo. Los dos hermanos abandonaron sus colinas, se reunieron, se pelearon y estuvieron a punto de ir a las manos. Entonces Rómulo se apoderó de un arado que había traído uno de los campesinos del grupo y gritó:

—Es simple. Voy a trazar un surco que marcará los límites de mi ciudad. ¡Allí serán construidos los muros que la rodearán! ¡Y te prohíbo, Remo, atravesar el límite!

Agraviado, Remo exclamó:

—¿Ah, sí? ¿Con qué derecho me das una orden? ¿Y qué harás si la infrinjo?

Para desafiarlo, atravesó de un salto el surco que su hermano estaba marcando. Incapaz de controlar su cólera, Rómulo gritó:

—¡Te mataré!

Soltando el arado, tomó su espada, la blandió..., ¡y atravesó con ella a su hermano! Luego, apoyando el pie sobre su cadáver, clamó a todos los que estaban reunidos en la llanura:

—Créanme: ¡un día, esta ciudad dominará el mundo!

Así fue fundada Roma. Con pasión y odio, con violencia y dolor.

Y es aquí también donde los dioses ceden su lugar a los hombres. Pues este acontecimiento tiene una fecha: el año 753 antes de Cristo. Poco a poco, la historia reemplazará a las leyendas...

La caída de Troya y el nacimiento de Roma tienen como lejano origen el rencor de una diosa malhechora: hija de la Noche, hermana de las Parcas y de la Muerte, madre de la Miseria, de la Hambruna y de la Mentira... Divinidad hoy olvidada, cuyo nombre y efectos se volvieron, sin embargo, tristemente célebres: la Discordia.



Este mito aparece en numerosas obras, entre ellas, Eneida de Virgilio y también, en los textos de historiadores como Plutarco (Vidas paralelas) y Tito Livio (Las décadas).